

ABECEDARIO ANDALUZ

Por

A. R. Almodóvar

(Estos artículos sobre habla andaluza aparecieron en la edición andaluza del Diario El País, entre los días 3 al 31 de agosto de 1999.

Se publicó en forma de libro en Ediciones Mágina, Barcelona, 2002)

ACENTO

Son ya muchos los lectores y articulistas que se quejan del mal trato que recibimos los andaluces en la televisión a causa de un supuesto y malhadado acento. Principalmente en alguno de estos folletines modernos donde lo andaluz es encarnado por una criada vulgar y chistosa.

También ha habido otras series, en honor a la verdad, donde el habla nuestra ha venido mostrándose más natural y digna; caso de *Periodistas*, con una Esther Arroyo, de Cádiz, que supo encontrar un ajustado término medio, alejado por igual de las vulgaridades y simplezas a que obliga el tópico, como del estándar madrileño. Y en el cine, por fin, vimos normalizado el uso del andaluz con ejemplos muy notables: *Solas*, *La niña de tus ojos*, *Yerma*, que ya tuvimos ocasión de comentar en estas páginas.

Pero siguen de vez en cuando pegándonos trallazos de indignación, o de estupor, residuos de un habla contrahecha que propiamente no ha existido más que en los sainetes de don Ramón de la Cruz y de los hermanos Álvarez Quintero. El problema estriba en saber cuál es exactamente ese otro acento andaluz que debería usarse en público, en el cine, en la radio, en la televisión, para resarcirnos del denigrante castigo y sin tener que imitar el habla de Castilla.

Ardua cuestión que divide a los teóricos y a los publicistas en posturas poco conciliables. ¿Pues en qué andaluz nos basaremos? ¿En el de oriente o el de Occidente? ¿En el que usan los universitarios o en el más llano de la calle? ¿Cuestión de pronunciación sólo, o de algo más?

La serie alfabética que aquí se inicia no pretende resolver tan agudas controversias. Pero sí quiere apostar por una reivindicación muy sencilla: la de usar y dignificar en todos los ámbitos, públicos y privados, la lengua que mamamos y en la que nos educamos, siguiendo, claro está, las huellas que el tiempo y la sociedad imprimen a esos usos, como también el rastro que las palabras dejan en el tiempo.

Y convencidos de que, así como el acento prosódico es el alma de las palabras –cántara, cantara, cantará- el genérico acento andaluz, sea lo que fuere, forma parte sustantiva de lo que quiera que seamos.

3.8.99

BORRICO

Lo vimos en la noria de nuestra infancia dando vueltas y vueltas, aparentemente adormecido por el rumor entrecortado del agua en los cangilones. Lo vimos subir las empinadas cuestas del pueblo con sus cargas de arena, de ramas de olivo para la tahona, formando recuas de hasta treinta ejemplares. Paciente, incansable, fiel. Pero la imagen de la torpeza, que en realidad no le corresponde, lo dejó desvalido ante los nuevos tiempos.

Resistió mal la competencia de otros transportistas y hoy empiezan a ser raros. Se les ve en las cunetas, ya sin angarillas, paciendo tristemente como en un senequismo residual. Tal vez por eso es en un pueblo cordobés, Rute, donde se creó hace unos años la Asociación para la Defensa del Borrico. Y en Mijas lo han convertido en taxi para turistas. Quién iba a decir que este aliado inseparable del campesino andaluz pasaría a engrosar la lista de nuestras especies en peligro, junto al buitre negro –que antaño se comía-, el camaleón –que es versátil, todo lo contrario que él-, y el lince – que pasa por ser el más listo- Pero así es la vida.

Borrigo es palabra más andaluza que burro, ésta de dominio general, pero que tapa a otros términos más locales, literarios o anticuados: asno, jumento. Y también esconde la distinción entre la Andalucía occidental y la oriental. En ésta ha prosperado la Pollinica del Domingo de Ramos, mientras en la occidental los niños acuden ese día a contemplar la Borriquita. En Úbeda prefieren el diminutivo más castellano, borriquilla. Y en la Andalucía central sobrevive como puede un rucho.

De niños y de un burro trotón y coqueto va también la fábula que se sacó de las marismas Juan Ramón Jiménez. Tan popular se ha hecho este Platero que casi se ha convertido en un sinónimo más de la especie en diminutivo. Y su derivado, Platerillo, la mascota de Andalucía de los Niños, en Expo'92, también hizo las delicias de hasta los de noventa años. En realidad es ahí, en el reino de las fantasías, donde pervive, capaz de ganarle en los cuentos populares al mismísimo león, y al lobo. Pero sobre todo es símbolo de la inhumanidad de los humanos cuando éstos lo abandonan en el monte, viejo y lleno de *mataúras*. Qué burros somos.

4.8.99